

LA NEUTRALIZACION DE LA CRITICA

Miguel Valle(*)

El dinamismo de la actividad crítica no está sostenido únicamente por las necesidades de la configuración de un sistema de categorías en que se vaya reduciendo progresivamente el ámbito de los estímulos no integrados. También lo guían necesidades prácticas de orden más inmediato, en que el interés (como pulsión y como temática) se psicoanaliza a sí mismo, para descubrir los alcances y los límites de su legitimidad, y evitar así las catástrofes que pueden sobrevenir de una trasgresión irresponsable del principio de la realidad. La actividad crítica corresponde sobre todo a la necesidad de poner en existencia un mundo nuevo, de renovarlo en totalidad mediante la renovación de sus partes. Es por ello plenamente homogénea con la tarea de la razón.

Sin embargo, las fuentes del pensamiento crítico no son las leyes inmanentes al pensamiento mismo, sino las condiciones de la vida humana concreta. La necesidad y el deseo confieren la palabra y modulan su intensidad. Las leyes del pensamiento pueden ser el objeto del pensamiento crítico, pero el origen de la necesidad de pensar es la situación concreta del hombre en interacción con su mundo circundante. La crítica está presente ya en la misma inadecuación entre el alcance del pensamiento y los desafíos de la vida real, en el rebasamiento de lo mental por parte de lo real. De esta manera, el pensamiento crítico tiene una vertiente 'ontológica', el reflejo de lo existente, y una vertiente 'proyectiva' o ética, la configuración de alternativas.

La inevitabilidad de la crítica no puede ser entendida como imposición de un determinado sistema de valores o de una representación del mundo, sino como legitimidad de un permanente diálogo consigo mismo, con los otros y con el mundo. El silenciamiento de la crítica atenta contra la racionalidad del hombre, sin que esto signifique una igualación por decreto del valor de todas las críti-

cas, o la instauración de un movimiento pendular, que terminaría en oportunismo o escepticismo. Al señalar en la presente nota algunos mecanismos de desfiguración de la actividad crítica, (que a veces tienen como finalidad expresa obtener objetivos altísimos), no queremos entrar en la cuestión de sus contenidos, es decir, en el sistema de valores y perspectivas teóricas que cada uno acepta como verdaderos o al menos como útiles, sino limitaciones a un problema de tipo epistemológico, con la finalidad de eliminar determinados malentendidos que nos parecen frecuentes en las discusiones filosóficas (y cotidianas). Presentando de manera relativamente sistemática una serie de reflexiones que se encuentran por lo general muy dispersas, nos dispensamos de citar siempre a los autores de que nos hemos servido ocasionalmente.

1. La destemporalización de la crítica.

El pensamiento puede destruir su criticidad mediante una destemporalización de la misma actividad crítica, en la que la severidad se transforma en un proceso al infinito, aun cuando este modo de proceder pueda aportar avances sustanciales. Antes de fundamentar la práctica, se exige la perfección de la teoría, y ésta exige la inobjetividad del método, la cual a su vez presupone la fundamentación de la posibilidad de conocer. La negación del carácter sectorial de este proceso (de la condición de 'juego' que atribuía Ortega y Gasset a la actividad filosófica), presupone o la posibilidad de un saber absoluto o la entrega del sector de la praxis humana a la actividad no racional. El trazado de un método perfecto puede ser una hazaña intelectualmente relevante, pero no asegura la detención del devenir del objeto para seguir los pasos del método mismo.

Es cierto que el mismo contenido de la crítica puede caer bajo la acusación de destemporalización, pues la 'inocencia' del pensador es parcialmente fruto de su carencia de compromiso directo

(*) Universidad de Münster, Alemania Federal.

en la organización de la vida económica y política. Sin embargo, ésta constituye también un modo de ver y precisar alternativas, que debe entrar en síntesis con la acción directa. La absorción de la teoría en la práctica trasformaría a ésta en movimiento ciego y la desvalorización de la práctica en la teoría formalizaría el ámbito conceptual en irrealizabilidad. La aspiración del trabajo teórico en las ciencias de la sociedad, por ejemplo, es obtener mayor extensión y seguridad en la previsión. El punto focal no es la descripción fenomenológicamente perfecta de las posibilidades humanas, superando una rígida sectorialización de las disciplinas humanas, que conduce tanto a la imposibilidad de una auténtica comprensión teórica cuanto a la ineficiencia política.

La destemporalización de la crítica llega a su punto extremo en lo que podríamos calificar de cinismo crítico. Esta actitud puede ser descrita como una exigencia ahistórica, en que se pretende de todos los grupos humanos los mismos rendimientos, sin tener en cuenta sus reales posibilidades y el punto de partida del que han comenzado su desarrollo. En determinadas ocasiones, los mismos que han agredido o destruido la riqueza de otros pueblos, critican las limitaciones de la libertad o del consumo que éstos tienen que imponerse para obtener la reconstrucción.

2. Ocasionalidad y marginalidad.

La crítica pierde su fuerza cuando afronta problemas y dificultades que tienen sólo relevancia ocasional y anecdótica, o que constituyen cuestiones marginales en un sistema social. La crítica no obtiene su sentido pleno cuando se limita a describir todo aquello que, según el sistema más o menos exigente del crítico mismo, es digno de censura.

Si bien el juicio moral sobre un hecho individual es ya de por sí afirmación de una categoría moral, y advertencia social a quienes actúan de la misma manera, la anecdotización de la crítica se transforma casi inevitablemente en un proceso de estéril moralismo, en que florece la extorsión y la doble moral. Antonio Gramsci anotaba que los intelectuales burgueses se ven obligados a ejercer la crítica (cuando la ejercen), como caza al escándalo o como investigación de las cuentas ajenas.

La marginalización de la crítica puede tener también funciones tácticas: desviar la responsabilidad de una situación negativa hacia grupos o clases

que en aquel momento han logrado obtener términos de intercambio, o correlación de fuerzas, relativamente mejores que antes. Un ejemplo muy significativo de críticas anecdótica, a nivel mundial, fue la reacción de la información internacional en la crisis del petróleo: se trató de sugerir que eran los países productores de petróleo los responsables de la creciente pobreza del Tercer Mundo, pasándose en silencio los constantes aumentos de los precios de los productos elaborados y de la venta de tecnología.

3. Indeterminación.

Un importante factor de debilitamiento de la crítica es la indeterminación. La crítica indiscriminada termina frecuentemente en la posición de aceptarlo todo, dado que, por definición, es imposible transformar la totalidad. Theodor W. Adorno precave de los peligros de una crítica absoluta y total, de una dialéctica negativa indeterminada, en que todo se somete a crítica con igual pasión y severidad, pero en la que, el último término, se llega a la impresión de la imposibilidad de cambiar. La tentativa de destruir radicalmente cualquier mito y de obtener claridad absoluta sobre ideas, afirmaciones y presupuestos es, obviamente, el proyecto fundamental de la crítica, la condición de posibilidad del avance del pensamiento. Sin embargo, la aplicación arbitraria de las exigencias de la crítica destruye el equilibrio de lo alcanzado por ella y desfigura el cuadro teórico final, en una coexistencia de suma ingenuidad y sumo escrúpulo. Un iluminismo cuyo objeto son los más minuciosos problemas de teoría del conocimiento, pero que deja de lado casi completamente las implicaciones de las actitudes hacia pueblos más débiles, técnica o militarmente, no puede constituir el punto de referencia válido para una teoría crítica general.

4. Racionalismo intimista.

El crítico que cede a la tentación de una perspectiva racionalista, tiende a identificar la marcha interior de su pensamiento con las posibilidades sociales: exige el mismo ritmo al cambio social, prescindiendo de la mediación del cómputo de las fuerzas reales y sin conceder el tiempo mínimo indispensable para que un modelo pueda ser controlado mediante la experiencia. Denuncia el 'dogma-

tismo' tan pronto como se encuentra ante la realización efectiva de un tipo de sociedad. Un criticismo extremado, incapaz de conceder tiempo a quienes actúan con personas y no con ideas, puede llegar a poner en salvo la propia conciencia, pero hace imposible o traumática cualquier realización social. El racionalismo crítico acentúa justamente la relevancia de la razón ante los 'sistemas de fe' (política o religiosa): sin embargo, tiende a privilegiar excesivamente la propia criticidad, suponiendo que la crítica del *status quo* es, a su vez, excesiva.

En algunos casos, la crítica es neutralizada mediante una criticidad exasperada, en que se exige como presupuesto de la acción poco menos que la omnisciencia o un saber absoluto.

En otros, la crítica toma sistemáticamente una posición 'intermedia'. Esta actitud puede explotar la tendencia psicológica a la aminoración de la magnitud del conflicto. Pero es necesario recordar que el punto fijo sobre el cual se debe apoyar la actividad crítica no es un lugar intemporal equidistante de los extremos sino lo intrasferible del bienestar humano. Tampoco es legítimo abandonarse a una actitud táctica y pendular, en que las tesis del sistema contrario se rechazan como dogmáticas y sus autocríticas parciales como confesiones de falsedad.

La crítica se hace injusta e irrelevante cuando el crítico se trasfiere a una esfera privilegiada, carente de conflictos o sometida sólo a conflictos sublimados, y desde allí juzga en forma moralística el actual de las fuerzas históricas. Hay cierta inautenticidad en determinadas críticas de grupos privilegiados que se apartan por definición de la conflictualidad de lo real, y desde esa altura juzgan a quien debe afrontar la lucha contra la pobreza o la agresión.

5. Mitologización.

Se neutraliza la crítica también sometiéndola a un proceso de mitologización: se la acusa de ser una 'doctrina de salvación', una 'teología', o de constituir 'profecía'. Se idealizan las alternativas propuestas por el pensamiento crítico, diciendo que pretende construir 'el paraíso en la tierra'. La finalidad de este proceso de idealización es clara: la inmovilidad social, por escepticismo o por desengaño. El medio quizá más eficaz para desinflar los contenidos de la protesta social concreta es erigir una 'superutopía', ante la cual el 'mundo me-

yor' soñado y pedido queda como pariente pobre, convicto de inmoralidad. No sólo las dificultades reales de la transformación de las estructuras y de la moralidad vigentes, sino incluso el sabotaje contra las tentativas de cambiar o reformar el sistema existente, son cargadas a la cuenta de las fuerzas progresistas. Se traza, por ejemplo, un cuadro idílico de la dinámica social, en que el cambio debería suceder sin violencia de ningún tipo y al mismo tiempo en que los detentores de desmedidos privilegios no tuvieran que sufrir la mínima limitación de la libertad. En todo caso, es predicada como ideal imprescindible la necesidad de modificar las diferencias más mediante equilibrio y elegancia. Sin embargo, el aumento de las víctimas de una evolución 'normal' de la sociedad indica que los partidarios de la 'no-violencia' poseen mayor poder coactivo que los propugnadores de la 'violencia'.

6. Sujetivización de la crítica.

La crítica puede ser neutralizada quitando relevancia a su contenido y sus análisis objetivos y poniendo en primer plano la persona del crítico y su biografía. Se le atribuyen intenciones de elegancia mental, de afirmación, endiosamiento y poder, o se va en busca del escándalo y de la incoherencia en su vida privada para destruir el valor de sus argumentaciones. Se debilita una posición acudiendo al desprestigio personal del autor, a críticas exogéticas o lingüísticas marginales, que provocan la impresión de superficialidad o poco rigor. En otros casos se acude a la intimidación teórica, afirmando, por ejemplo, que una teoría 'pretende sustraerse a la crítica', por el simple hecho de que las objeciones no las presenta el mismo autor.

Puede considerarse como sujetivización de la crítica, la confusión de la crítica a un sistema con la crítica a las personas, lo cual constituye una especie de sociologismo extremado. El análisis objetivo de las insuficiencias de un sistema se vuelve así irreverente declaración de guerra y odio personal. La lógica crítica, el desentramamiento de las contradicciones de un sistema se transforman en ideología de odio y de fuerza. Un mecanismo análogo es la trasposición de la esfera ideológica y de su evolución a un sistema de fidelidades más o menos rígidos. El cambio de perspectivas ideológicas y valorativas se hace así extremadamente difícil, pues es colocado en el horizonte de lo moral, de la traición personal, a sí mismo o al grupo. La sujetivi-

zación tiene lugar también mediante la trasferencia de la crítica social criticando indefinidamente la ciencia que pretende criticar a la sociedad. Esta 'interiorización' de la crisis es característica en ciertas corrientes de la sociología y de la psicología. La ciencia como momento de la realidad social cede el lugar a una autoreferencia en la que lo científico es principio, criterio y fin.

7. Satanización.

La posición extrema en la sujetivización de la crítica puede ser llamada satanización: consiste en atribuir gratuitamente a los críticos intenciones destructivas, tergiversar el sentido de sus afirmaciones y eliminar las afirmaciones que permitirían obtener el cuadro de referencia; igualmente, explicar 'biográficamente' las vicisitudes teóricas, atribuyéndolas, según las necesidades prácticas del momento, a traición a la propia clase, a resentimiento social o, en el peor de los casos, a enfermedad mental. En algunos lugares, se ha pretendido eliminar la urgencia de las motivaciones de los partidos de izquierda afirmando que se trata de 'monoperceptosis'. Un ejemplo significativo de esta cómoda actitud es la de P. Demoulin, en que se pone en relación el pensamiento revolucionario con el cuadro clínico de la paranoia. El psicoanálisis

demuestra, por el contrario, que cualquier visión de la realidad o actitud existencial puede estar vinculada con perturbaciones de la personalidad, Hans Albert, por su parte, acusa a los pensadores de izquierda de tener la pretensión de un acceso misterioso a la verdad. Si bien la observación de Albert tiene una valiosa inspiración antidogmática, puede siempre retorcerse: pues el pensador crítico podría preguntar cómo puede existir alguien que, no teniendo acceso a la verdad, no tenga tampoco nada que criticar teóricamente, y cómo haya logrado resolver en forma satisfactoria (es decir, incriticable) todos los problemas que presenta la praxis.

Otra manera de denigrar la crítica es presentarla como producto dogmático, y sugerir que su pretendida fuerza deriva de procedimientos deductivos, apoyados en las ideas, más o menos fundamentadas, de una razón abstracta y poco realista.

Este mecanismo se sirve, suplementariamente, de la censura sobre los análisis sociológicos, la información estadística y la observación de la realidad, para reducir a las teorías críticas a la figura de aseveraciones catequísticas. Finalmente, en determinadas ocasiones la causa del conflicto social es atribuida a quienes señalen su existencia, su violencia o su injusticia. Se acusa, por ejemplo, a los intelectuales de 'envenenar' el clima social o político, como si los desequilibrios sociales y la pobreza se produjeran sólo con mencionarlos.